

## ONCE ES UN NÚMERO

Laura, una joven de 23 años, abandonó Derecho tres meses antes de recibirse, arrancada de la facultad cuando su padre se convirtió en el número 1.957.211. Terminación: 11. El había vuelto una mañana diciendo que ése sería ahora su nombre, según el título de tapa del diario donde podía leerse el número de desocupados hasta ese día. Eligió esa ironía para anunciar que había sido, también él, a los 51 años, declarado inútil para la sociedad, y se preguntó, con lágrimas de impotencia, cuál mierda sería su nombre si se tomaba estadísticamente todo el país.

*Soy un número, piba, ¿entendés? Llámame Once desde ahora, aunque en el fondo tengo la duda de si antes de las ocho y cinco de hoy no habrán echado a algún otro infeliz.*

Once se "entregó" a las seis semanas: *Si podés dame una mano, esto no es joda. Tengo la sensación de que nunca más me van a dar bola. Y los voy a joderyo, porque un día me caliento y no voy más a*

*que me miren con esa compasión de mierda y me expliquen como eligiendo las palabras. Todavía me los banco por ustedes, pero un día me planto en la calle y les digo que se metan el mundo en el culo.*

Laura, con ese humor corrosivo que desarrollan los lúcidos desplazados, cuenta las penurias de Once como si le ocurrieran a un vecino de la cuadra. Hay que aprender a reírse, desarrollar la ironía, evitar la queja, esquivar a los boludos que todavía creen en una salida laboral, no hablar en las reuniones sociales o mejor no ir, y sobre todo elaborar un reglamento interno, en familia, para no caer en la trampa del odio, de la acusación solapada: *Si no lo haces, al rato, en tu vida, lo menos importante que perdiste es el empleo. Hay descubrimientos extraordinarios si los sabes ver cuando te quedas en la vía: lo que dura un día; con cuánto menos se puede vivir; cómo se borran los otros y cómo reaparecen cuando les toca el turno; la relación amor-odio con la televisión que te deja idiota, con la vista perdida, la cabeza en otra parte, y cuando de repente aparece uno de "ellos" o en el noticiero te quieren vender lo del producto bruto que crece, le hablas, la acusas, la puteas, la convertís en un referente de tu vida y, sin embargo, la necesitas como el pan, más que el pan, porque te ayuda a que el maldito día avance, a no darte cuenta de cuánto hace que no suena el teléfono, a no andar contando los ahorros ni pensando a quién te animarás a pedirle plata por primera vez y cómo sigue todo después de ésta.*

Uno de los improvisados encuestadores del bar

sugiere a la nada desdeñable Laura que ese día, si le sobra tiempo, él podría invitarla al cine. El largo monólogo se convierte en una mirada interminable: *Ya pedí de acomodadora, pero no hay. Te agradezco.*